

APEC, ASPA y la Innovación



Piero Morosini

Director del Centro de Estudios de Liderazgo, Innovación y Estrategia (CELIE)
CENTRUM Católica

El Perú ha vivido este mes entre dos citas importantes que se sitúan en los polos opuestos de su creciente comercio exterior. La primera ha sido la vigésimo cuarta reunión de los países del APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation), que incluye a China y a los Estados Unidos, los dos mayores socios comerciales de nuestro país, y la segunda, la III Cumbre ASPA (América del Sur y Países Árabes), que reúne a los 12 países miembros de Unasur, por un lado, y, por el otro, a las 22 naciones que conforman la Liga de Países Árabes, con los que el Perú mantiene un nivel de comercio aún irrisorio, que no supera los 70 millones de dólares por año.

La reunión del APEC se inició a principios de este mes de septiembre en la isla de Russky, frente al puerto ruso de Vladivostok, capital de la región de Primorsky Krai, área económica clave de Rusia en la zona del océano Pacífico. En la agenda de dicha reunión sobresalieron dos términos importantes: "crecimiento" e "innovación". El primero es obvio. Mientras que las economías de las naciones del APEC crecen hoy a un ritmo que supera el 4%

anual, el resto del mundo experimenta una contracción económica anual de alrededor de -5%. Nada mal para los países miembros del APEC, que conjuntamente representan el 40% de la población mundial, así como la mitad del PBI y el comercio mundial, cifra destinada a crecer cuando naciones como Colombia, Ecuador, Costa Rica, India, Paquistán, Birmania, Laos y Mongolia, que han solicitado ser miembros del APEC, sean incorporados.

El segundo reto de esta vigésimo cuarta reunión de APEC –la innovación– es obvio solo para economías como los Estados Unidos, Japón o Corea del Sur, cuyos pilares de inversión, estrategia industrial, educación e infraestructura

están ya fuertemente orientados hacia la producción de bienes y servicios con importantes contenidos de tecnología o ciencia nativos. O incluso para países como Chile e Indonesia, que cada vez más orientan sus economías en esta dirección.

Sin embargo, el reto de la innovación es mucho menos obvio para países miembros del APEC como el Perú.

En nuestro país, la innovación no es tomada en serio. Lo dicen las cifras, que resaltan dolorosamente que, mientras las naciones del APEC invierten, en

Si la reflexión acerca de la presencia peruana en el APEC es económica y comercial, aquella que emana de nuestra participación en ASPA es primariamente política, cultural y probablemente también de tipo financiero.

promedio, alrededor del 3% de su PBI en ciencia y tecnología –es decir, innovación–, en el Perú esta cifra no llega ni al 0.2%. Aparte llamados vacíos a la acción y saludos a la bandera por parte tanto de gerentes de empresas privadas peruanas como de funcionarios gubernamentales, este lamentable estado de cosas no parece estar destinado a cambiar. Al menos durante el próximo año, ya que el presupuesto nacional para 2013 que ha diseñado el señor Luis Miguel Castilla, nuestro ministro de Economía y Finanzas, incluye, de un total presupuestado de 108,000 millones de nuevos soles, una partida de tan solo 608 millones de soles para "ciencia, tecnología e innovación", destinados, en su mayor parte, a áreas

ambientales y agrícolas, más una promesa de 300 millones de nuevos soles adicionales para la creación del Fomitec (Fondo Marco para la Innovación, Ciencia y Tecnología). Esto es equivalente a tan solo el 0.9% del presupuesto nacional propuesto para 2013, y menos del 0.25% de nuestro PBI.

En realidad, lo presupuestado por el Ministerio de Economía y Finanzas para innovación durante todo 2013 es una cifra que no llega ni siquiera a los 400 millones de dólares. Compare esto con los más de 3,000 millones de dólares (o 100,000 millones de rublos) que Rusia se gastó tan solo en preparar la vigésimo cuarta reunión del APEC. Esta cifra no se utilizó en fabulosos banquetes u otras frivolidades. No. Esta cifra se usó para renovar completamente el aeropuerto y puerto de Vladivostok, incluyendo la construcción del puente colgante de acero más largo del mundo para unir el centro de esta ciudad con el corazón de la isla de Russky, donde se desarrolló el magno evento. Si esto es lo que Rusia invierte para construir una infraestructura adecuada para competir

en la cuenca del Pacífico, imagine usted cuánto destina para afrontar con éxito el reto de la innovación. Lo ayudaré con solo algunas cifras. Justamente en la reunión del APEC del año pasado en Honolulu, Hawaii, Rusia anunció al mundo que estaba creando una plataforma de innovación de primer nivel que la convertiría, en menos de una generación, de ser un país exportador de gas y petróleo, en uno que exporta productos y servicios de alta tecnología. El emblema de esta transformación es el proyecto de Skolkovo, un barrio en las afueras de Moscú que está destinado a ser el Silicon Valley ruso. Tan solo en 2012 Rusia viene invirtiendo 700 millones de dólares

en Skolkovo, e invertirá 550 millones de dólares más en 2013. Pero Skolkovo es mucho más que un proyecto ruso de inversión pública en innovación. Es un clúster de alta tecnología que ha atraído inversiones de gigantes como Microsoft y General Electric, y es liderado por Viktor Vekselberg, un billonario ruso que posee uno de los mayores conglomerados empresariales del país. Así, tan solo un proyecto de innovación en Rusia atrae cifras de inversión anuales muy superiores a lo que el Perú dedica a este rubro. Por decirlo un tanto eufemísticamente, tenemos márgenes infinitos de mejora, incluso frente a países miembros del APEC como Rusia, que históricamente han sido exportadores netos de minerales, petróleo y gas. Aquí en el Perú no existen clústers de alta tecnología ni nada parecido, ni líderes del sector privado como Viktor Vekselberg, que posean la visión y el compromiso para transformar a su país en un emporio innovador en el siglo XXI.

Estas cifras y hechos deben llevarnos a reflexionar con seriedad acerca de qué futuro queremos construir para el Perú en el seno del APEC y el resto del mundo. El presidente Ollanta Humala afirma algo notablemente impreciso cuando, luego de reunirse con su colega ruso Vladimir Putin en Vladivostok, dice triunfalmente que el Perú es ya percibido internacionalmente como una economía seria porque crece sólidamente y es competitivo. Porque crecimiento sólido tenemos, pero competitividad no, ya que esta última —en la actualidad del siglo XXI en que vivimos— se basa principalmente en inversión tecnológica y científica, así como en infraestructura educativa, física y digital de primer nivel. Ninguna de las cuales, como ya se ha visto, posee el Perú. En lugar de ello, nuestro país ha decidido, hasta el momento y durante todo 2013, suscribir una política de cero inversiones en innovación (porque 0.25 por ciento es matemáticamente redondeable a

cero), y mantener los peores índices de infraestructura educativa, física y digital según el índice de competitividad de 59 naciones del IMD —uno de los más confiables índices de este tipo en el mundo—. Esto no nos hace respetables —ni en el APEC ni en el resto del mundo— desde el punto de vista de la competitividad.

¿Es necesario ser profeta para prever que, de continuar con esta pueril e irresponsable indiferencia hacia la innovación y la infraestructura, el crecimiento del Perú jamás podrá ser sostenible en el tiempo? De hecho, de seguir por este camino, es posible que el techo del crecimiento peruano se toque en menos de cinco años. Durará lo que los precios relativamente altos de las materias primas de que aún gozamos en la actualidad.

¿Qué hacen países como Rusia, que ya invierten en innovación cifras que son simplemente inconcebibles para un gerente de empresa privada o un funcionario público peruano? Aprovechando de la reunión del APEC en su país, construyen y renuevan la infraestructura de su región aleada al océano Pacífico, invirtiendo montos billonarios que anuncian con seriedad al mundo que Rusia cree en el APEC, y que desea convertirse en protagonista y líder del crecimiento de este bloque en el siglo XXI. ¿Hizo nuestro país algo remotamente similar cuando fuimos la sede del APEC en 2008? No, no tuvimos ese tipo de visión. Pero quizás deberíamos poseerla cuando nos toque nuevamente ser sede de este importante evento en 2016. Eventos como el APEC no deben simplemente ser interpretados como reuniones gastronómicas donde se pueden firmar convenios comerciales con uno u otro país. Como Rusia nos enseña, hay que concurrir a citas como las del APEC con una visión inspiradora de país realmente competitivo e innovador, y comunicar con seriedad esta visión al mundo.



El Perú debe dar un salto cualitativo si desea convertirse en un miembro importante del APEC. Un país proveedor de materias primas no es ni necesario ni suficiente para APEC —u otro bloque comercial de comparable importancia—. No es necesario porque hay otras naciones —como



Foto: congreso2011.blogspot.com

Indonesia, Filipinas o la misma Rusia—que pueden fácilmente suplantarle en este rol. Y no es suficiente porque extraer y exportar materias primas no es lo que hace a un país competitivo en el siglo XXI. La respuesta para alcanzar competitividad en el entorno actual es la innovación, llegar a ser un

país que comercia con éxito productos y servicios cuyos diseños, ideas, marcas, tecnología o contenido cultural cautivan la imaginación de los consumidores a escala planetaria debido a su performance y utilidad.

Si la reflexión acerca de la presencia peruana en el APEC es económica y comercial, aquella que emana de nuestra participación en ASPA es primariamente política, cultural y probablemente también de tipo financiero. Si el APEC nació con un claro ADN comercial —luego que Australia decidiera, hacia fines de los años ochenta, volcar su atención hacia el Pacífico, ya que su tradicional comercio con el Reino Unido amenguaba—, ASPA se crea con un sesgo inicial claramente político. La primera cita cumbre de ASPA se lleva a cabo en Brasilia en 2005, un año después que el presidente brasileño Lula visitara Egipto, Libia, Siria y Líbano. Es oportuno recordar que ni el *tour* árabe de Lula ni la sucesiva cita cumbre del ASPA en Brasilia gustaron mucho a Israel, especialmente porque dicha cita dio lugar a pronunciamientos claramente antiestadounidenses y antiisraelíes. En 2005, por ejemplo, ASPA criticó las sanciones que los Estados Unidos habían impuesto a Siria y Sudán, y tanto Brasil como Venezuela reafirmaron su condición de miembros observadores de la Liga de Países Árabes, distinción que comparten con Eritrea, Turquía y la India.

Es cierto que Brasil y Venezuela tienen claras razones geopolíticas —o demográficas— que explican su tradicional acercamiento a la comunidad de países árabes. En Brasil, por citar un ejemplo, reside la mitad de los 20 millones de sudamericanos con ascendencia árabe. Es también cierto que algunas de las posturas iniciales de ASPA han sido modificadas en la actualidad. Por ejemplo, la III Cumbre ASPA, que se llevará a cabo en Lima a inicios de octubre próximo, no contará con la presencia de Siria, país que ha sido exiliado políticamente de la Liga de Países Árabes debido a su convulsionada

situación, cuyo régimen dispara rutinariamente contra sus propios ciudadanos. (Curiosamente, Paraguay también ha sido excluido de ASPA 2012 por Unasur debido al reciente y muy dudoso derrocamiento del expresidente Lugo por parte del Congreso de su propio país.) Es asimismo cierto que la Cancillería peruana, de modo discreto pero consistente, ha tendido a adoptar en el pasado reciente posiciones proárabes en cierto tipo de situaciones internacionales.

Sin embargo, el Perú debe llevar a cabo un debate amplio antes de considerar estrechar sus simpatías políticas con la Liga de Países Árabes, en modo análogo a como lo hacen, por ejemplo, Brasil y Venezuela, países que obedecen a políticas exteriores —y se mueven en contextos internacionales— enteramente diferentes al nuestro. Al fin y al cabo, es esta una zona muy peligrosa y agitada del planeta, características que no parecen estar destinadas a cambiar sustancialmente en el mediano plazo. Más bien, probablemente suceda todo lo contrario.

Por otro lado, sí es loable apoyar un contacto cultural y económico-financiero mayor con el mundo árabe, no solo porque compartimos ciertos espacios culturales comunes desde el punto de vista histórico, sino porque ciertos países árabes parecen generar excedentes financieros de manera crónica, que nosotros podríamos aprovechar en materia de inversiones, y porque, asimismo, los contactos económicos entre Sudamérica y el mundo árabe tienen un enorme potencial de crecimiento. Si el APEC ya se encuentra en la fase de concretar un mercado común denominado TPP (Trans-Pacific-Partnership), en ASPA se está aún discutiendo la oportunidad de establecer vuelos directos entre las principales capitales sudamericanas y ciudades como Líbano, El Cairo o Dubai. Así, tanto en APEC como en ASPA, es del mayor interés para el Perú centrar el discurso en el crecimiento económico y la innovación. ■